



SILVIA FEDERICI,
Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria, traducción de Verónica Hendel y Leopoldo Sebastián Touza, Editorial Traficante de sueños, Madrid, 2010, 368 pp. ISBN 978-84-9645-351-7. (*Caliban and the Witch. Women, The Body and Primitive Accumulation*, 2004)

A pesar de los tiempos que corren, las cuestiones de género suponen aún en la actualidad un campo poco tratado dentro de la historiografía moderna. Para la autora de este libro, Silvia Federici, pretender continuar con una tradición cultural que engloba los hechos bajo formas universales supone toda una limitación a la hora de analizar el pasado, si no un distanciamiento y distorsión de la realidad histórica. Federici nos plantea por tanto una rotunda crítica a lo que ella denomina “historia asexual”, a la vez que nos invita a repensar los sucesos ocurridos en Europa durante la transición del feudalismo al capitalismo, pero en esta ocasión desde un nuevo enfoque que atienda la innegable diferenciación sexual y su profunda implicación en el devenir de la historia. Resulta imposible continuar con estas barreras que han supuesto el olvido durante siglos de aspectos trascendentales de la aparición del nuevo sistema económico, como es el caso de la puesta en marcha de la caza de brujas, uno de los fenómenos menos estudiados y sin embargo de interés absoluto para comprender el comportamiento político, social y económico en los siglos de la modernidad. La autora se pregunta a qué se debe esta desmesurada

ofensiva contra la mujer que, de manera curiosa, surge al mismo tiempo que se produce el desmoronamiento de la organización feudal y aparecen nuevas relaciones capitalistas, y, sobre todo, qué relación existe entre todo ello. Analizando las circunstancias, resulta evidente que la ejecución de cientos de miles de brujas no pudo ser fortuita, sino más bien la manifestación del peligro que entrañaba el mundo medieval femenino para la estructura de poder capitalista; no se entiende de otro modo la desmesura de tal sentencia y la intervención y apoyo a la causa mostrado por Estado e Iglesia. Según Federici, la caza de brujas significó ante todo un intento por quebrar el control que la mujer ejercía sobre su cuerpo, sexualidad y reproducción, y, en definitiva, la eliminación de un universo de prácticas y sujetos sociales incompatibles con el capitalismo, que agravaban además la transgresión social surgida en los últimos años de la Edad Media debido a la actividad de los movimientos heréticos y la intensificación de las luchas antifeudales. La implantación de métodos coercitivos como la legalización de la violencia hacia las mujeres fue uno de los resultados de esta batalla, cuyo efecto final se aprecia en el atropello que desde entonces se produjo de su cuerpo y la insensibilización de la sociedad hacia las agresiones de género. Pero las repercusiones de esta guerra contra la mujer van mucho más allá; el proceso de degradación de lo femenino forma parte de la base del desarrollo capitalista y la creación del proletariado moderno, con todo lo que ello conlleva. Tanto es así que no responde solo a circunstancias específicas de un momento histórico concreto; cada nueva fase capitalista implica la vuelta a los aspectos más violentos de la acumulación



primitiva, siempre en continua renovación. La situación actual de Nigeria, un caso cercano a la autora, sirve para ejemplificar cómo la esencia de los sucesos que conformaron las denominadas cazas de brujas se reitera una y otra vez allí dónde se genera un principio de acumulación capitalista. Del mismo modo, ese hecho queda patente en la traslación del fenómeno a los nuevos territorios de América tras el descubrimiento del continente, si bien con particularidades ya que en este caso debemos añadir a la cuestión de género la de identidad racial; se trata pues de un tema más vigente de lo que en principio cabría esperar. Es por ello que *Calibán y la bruja* examina con detenimiento la etapa de transición entre el sistema feudal y el estado moderno capitalista para poder dar una explicación a la complejidad de los hechos.

La investigación parte de un estudio de las condiciones de la sociedad feudal para más tarde ahondar en los cambios que el nuevo sistema introduce en la posición social de las mujeres. Uno de los más notables es el proceso de disciplinamiento del cuerpo, tanto colectivo como individual, en el cual el surgimiento de las teorías mecanicistas también jugarían un papel primordial. Como ya señalaba Foucault, este control es obvio que se produjo, sin embargo Federici acusa al pensamiento foucaultniano de tratar los sucesos sin atender las diferencias de género. De nuevo nos encontramos ante un sujeto asexual, universal, que poco nos puede decir de la para nada uniforme realidad social. Asimismo, de este modo se pierde una pieza fundamental dentro de este puzzle histórico que compone el alma de los siglos posteriores. Por ello se ahonda en el concepto de “patriarcado del salario” y en el establecimiento de una división sexual del trabajo no conocida hasta entonces, que confinó a la mujer a las cada vez más devaluadas tareas de reproducción y que fue el verdadero origen de los esquemas culturales sexistas que han perdurado en la sociedad desde ese momento.

Pero no son las teorías de Foucault las únicas que Federici nos propone revisar. La reflexión sobre los planteamientos marxistas, esta vez desde un paradigma feminista, supone la parte quizás más atrayente de toda la investigación. Al igual que el resto de examinadores de la sociedad, Marx tuvo poco en cuenta el potente rol de la mujer en la lucha de clases a causa de su incapacidad para reconocer la esfera de la reproducción de la fuerza de trabajo como una fuente de valor y, sobre todo, como un terreno de máxima explotación por parte del capital. Tampoco consideró la alienación que para ésta suponía la constante intervención del Estado en su sexualidad, y que fue mayor a la de cualquier otro grupo de la sociedad. En este sentido *Calibán y la bruja* nos presenta a un nuevo agente hasta ahora casi desconocido, pero trascendental para las relaciones capitalistas. De nuevo, con esta idea la autora lanza un profundo reproche a la predisposición existente a tratar la historia desde posiciones no diferenciadas.

Lorena Climent Sánchez